

cia, las artes, la industria, el comercio, &c. Mucho me dió que pensar la circunstancia de representar estas cosas con figuras alegóricas de tan deleznales materias compuestas.

A esto es preciso añadir arcos de triunfo mas ó menos gitanos, innumerales banderas y estandartes, arañas, candelabros y faroles sin fin, y una interminable serie de inscripciones egipcias que tenían el indisputable mérito de ser incomprendibles.

Mucho sentí no tener á mi lado algun habitante del barrio de la Viña de Cádiz, para que pudiera explicarme el sentido de las inscripciones.

Pasóse el día, cedeado, estrujado, pisotendo y marcado; y llegó, como siempre, tras el día la noche.

La iluminación fué magnífica, nada mas sorprendente que aquella inmensa galería de luces, galería de cerca de una legua de estension, que venia á morir en la plaza de la Concordia, iluminada espléndidamente con reflejos de carmin y azul, resplandores mágicos de los fuegos de Bengala. Los palacios encantados de las *Mil y una noches* podrian solo compararse al aspecto que presentaba la plaza de la Concordia y sus avenidas.

Los fuegos artificiales chasquearon á todo el mundo. Nada mas mezquino y comun. Ya observé al principiar este artículo, que en Paris se cedeaba lo ridiculo con lo sublime.

(Continuará.)

LOS GRAJOS.

De su voz satisfecho

Cantaba un grajo,

Aunque todos leban

Por no escucharlo:

Tambien graves peroran

Mil diputados,

A quienes les escuchan

Solo los bancos;

Porque los grajos,

Causan en los salones

Como en los campos,

P. J. BARRA.

MOSAICO.

Las gentes de mas talento son las que mas se extravían, cuando se escitan sus pasiones, porque entonces toda su imaginación se aplica á encontrar argumentos en favor de su locura.

Tomá consejo de uno que sepa mas que tú y de otro que sepa menos, y forma despues tu juicio.

El tiempo que falta á la pereza, lo cria la diligencia.

El abuso que se hace de la palabra necesaria es causa de ruina; lo mismo para las familias que para los gobiernos. Los niños y los locos desean todas las cosas; todo les es necesario porque no saben distinguir. Prueba de poco discernimiento es, crearse una lista demasiada larga de cosas necesarias.

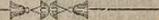
EXPLOSION DE POLVORA.—

Tal vez será la mayor la de que vamos á dar cuenta á nuestros lectores. En la Bahía de Bañares, India inglesa, se ha incendiado un convoy de 30 vapores, que conducian la enorme cantidad de 450.000 libras de pólvora, 18.000 arrobas. Incalculables han sido las pérdidas que esta terrible catástrofe ha causado. Nada ha quedado en una legua.

INTERPRETACION DE UN PROVERBIO.—Decian delante de uno que tenía muchas deudas, que era cierto el refrán que dice: "Quien paga sus trampas llena sus arcas." No lo creías, necios, dijo el sugeto de las deudas, ese es un rumor que hacen circular los acreedores.



VARIEDADES.



LA RELIGION CONSIDERADA COMO BASE DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ II.

No hay duda que la indignación ó la desgracia es el triste patrimonio de la mayor parte de la humanidad. Hubo un tiempo, y durante largos siglos, esta clase infeliz y abyecta era esclava de la clase poderosa y afortunada, y la humanidad se hallaba dividida en dos grandes mitades, de las cuales la una parecia estar destinada para dominar á la otra. Por mas que la naturaleza condolidá gimiese por esta monstruosa desigualdad, que condenaba al oprobio, al trabajo y á la servidumbre la mayor parte de nuestra especie; sin embargo, este hecho estaba consignado en todas las legislaciones de la tierra; su origen se pierde en la cuna del mundo, y de él vemos todavía vestigios en nuestras colonias, y entre algunos pueblos salvajes ó á medio civilizar. Mas desde que el divino legislador de los hombres, descendido á la tierra, dió la verdadera libertad al mundo, haciendo de todos ellos una gran familia de hermanos, cambiaron, por decirlo así, los destinos de la humanidad, y recobrando en cierto modo el hombre su dignidad primitiva, la sociedad se sentó sobre nuevas bases, y borróse ya de la frente del hombre degradado la marca del oprobio y de

la esclavitud. La sociedad, pues, repositó desde entonces sobre la ley métrica del amor, á la cual el cristianismo dió el nombre de caridad; ley universal, ley fecunda en virtudes y en heroismo, que obligando á la clase feliz de la sociedad á socorrer á la desgraciada, constituye aquel equilibrio admirable que dorrana donde quiera los prodigios de la beneficencia y del amor.

A este fin la religion, fecundando ese espíritu bienhechor, y anhelando enjugar todas las lágrimas de la humanidad afligida y abandonada, no solo procuró inspirar á los grandes y poderosos de la tierra los sentimientos benéficos que constituyen una parte de su esencia, sino que abrió por sí misma y en nombre del amor inmenso de Jesucristo numerosos asilos á la indigencia, á la orfandad, al desamparo, á las dolencias y á la inocencia desvalida. Millares de millares de sus hijos se alistaron en estas banderas de la caridad; y animados por el ejemplo del que pasó por la tierra haciendo bien, y murió por amar á los hombres, se ofrecieron como victimas voluntarias, haciendo el sacrificio de sus placeres y de su vida en las aras de la infatigable beneficencia. En estos receptáculos inmensos de las miserias humanas, despedía la humanidad un grito de dolor, pero se calmaba reconociendo con asombro la mano bienhechora que derramaba sobre ella todos los bálsamos y todos los consuelos.

Todo esto era necesario para que las modernas sociedades, constituidas sobre la libertad que da á todos sus miembros la adopción divina, reposasen sobre un continuo y generoso comercio de beneficios y de caridad. Preciso era, que puestos los hombres á un mismo nivel por la acción regeneradora del cristianismo, quedasen iguales en cierto modo en el reconocimiento de su origen y de sus altos destinos; y que las ideas sublimes y consolantes de la religion les inspirasen los sentimientos mas puros de cumplir cada cual con los deberes que le imponia su situación social. El código santo de Jesucristo, consignando los derechos del hombre, lo impone tambien sus deberes; y en uso de los primeros, y en cumplimiento de los segundos, estraiba toda la felicidad social, que refugio admirablemente en cada individuo, y que templa los actos del poder desde la elevación del trono hasta la tranquila morada del hogar doméstico.

Los sentimientos del deber cristiano, al paso que dirigen la autoridad, ennoblecen la obediencia. La convicción de un deber justo, y el temor de infringir aquella ley suprema y universal, de donde dimanan todas las leyes sociales, es lo único que contiene pueblitos, es lo que á las grandes masas populares, á quienes por la particular posición de sus individuos interesa menos la conservación del equilibrio social. Mas cuando una voz sacrilega, rompiendo los lazos de todas las leyes de Dios y del hombre, dice á una multitud embriagada de ambiciones: *atended que sois ciento contra uno*, entónces se hollan con impudente descaño las leyes morales que constituyen la existencia de la sociedad; y la inviolable propiedad de cada individuo sobre su vida é intereses queda á merced de una fuerza brutal, que domina sobre todas las leyes y sobre todos los principios, tanto inmutables como establecidos.

(Continuará.)

LORD BYRON.

ARTÍCULO I.º

§. II.

(CONTINUA.)

Era este un resto caprichoso, reisto gigantesco de aquellos tiempos tormentosos de la edad media, en que cada casa era una fortaleza y en que el peligro se presentaba sin cesar al pensamiento por las precauciones mismas que se tomaban para prevenirle. El edificio era un medio entre monástico y caballeresco. En aquella época era indispensable fortificar las casas de oración como todas las demas mansiones de los hombres; y para expresar la verdadera fisonomía de este monumento cuya parte interior era del todo religiosa y la parte exterior toda militar, pudiera decirse que Newstead-Abbey se parecia á un sacerdote puesto de rodillas detras de un guerrero. Y como si todo lo que tiene relacion con los Byron debiese traer una marca sombría y siniestra, el origen de la fundación de la abadía que Enrique VIII les habia concedido, estaba ligado á una muerte. Era otra de las muchas explicaciones por medio de las cuales procuraba Enrique II manifestar su arrepentimiento despues del asesinato de Tomas Becket; por que en aquel tiempo de impresiones enérgicas y de poderosas pasiones, la penitencia se sobrevivía á sí misma, elevándose, por decirlo así, en la eminencia atrevida de columnatas de piedra; con las cuales parecia aspirar al cielo.

La abadía estaba situada en un pais tan romántico como ella misma. Ocupaba el centro de aquel bosque de Sherwood, cuyas florestas habian visto pesar aquel navío de fatal agüera, sinestros prenuncio de la próxima es-

tincion de la familia de lord Guillermo y el-Malo. En tiempos mas remotos, y en época en que sus bosques de corte eran mas frondosos, en que sus vastos y profundos retiros ofrecian un abrigo impenetrable, habia servido de asilo al célebre Robin Hood, que ocupaba largamente las baladas de Inglaterra. Robin Hood, aquel famoso bandido fué la triste y última protestación de la independencia sajona, pues los pueblos acaban del mismo modo que empiezan, y al fin de la historia de Roma encontramos una caverna, como al fin de la historia de los sajones en Inglaterra. No habia un penasco, ni un torrente, ni un arroyo, ni una vieja encima del bosque de Sherwood que no fuese su leyenda.

Aquellas florestas eran semejantes á la llanura de la antigua Troada; y la epopeya salvaje que tenia á Robin Hood por su Aquiles, se iba desplegando en medio de aquel áspero y fiero paisaje en armonía con las escenas de violencia y de sangre de que habia sido teatro. Hasta se dice que los actuales feudatarios de la abadía, llevan nombres que los niños repiten, cantando las baladas consagradas á recordar la historia del célebre *Outlaw* y de sus aventureros camaradas. Por manera que Byron respiró desde un principio en medio de la atmósfera de aquellas vivas y pintorescas impresiones. Representaos á Homero encontrando sobrelas ruinas de Troya los descendientes de Hector, de Aquiles, de Diomedes, de Briseido, de Democeno y de todos aquellos nombres tan ilustres como armoniosos. Algo de muy parecido debió suceder con las emociones de lord Byron, el cual se habituó muy de antemano á ser el Homero de aquella poesía aventurera, y de aquella iliada de una existencia errante.

En aquel edificio tan triste y tan sombrío de Newstead-Abbey, lord Byron habia escogido para habitarla la parte mas umbrosa, y á la que estaban unidas las tradiciones mas formidables.

Su cama de dormir estaba arrimada á las ruinas de la capilla, y se creia en toda la comarca que en aquel misterioso recinto siempre se habian visto apariciones y espectros. Tal vez habia dado motivo á esta opinión y á las numerosas leyendas que se referian á esta porción de la vieja abadía, la singular disposición de que resonaban en las diferentes partes del vasto edificio, venian á parar en este punto, ó reuniéndose á lo largo de las escaleras espirales, ó prolongándose por los inmensos corredores que conducen el eco hasta este salon, en el cual se transforman en vagos rumores ó en extraños murmullos. Lord Byron, pues, que por detener habia encontrado en las praderas y bosques de Sherwood el romántico recuerdo de Robin Hood y de sus compañeros, hallábase en el interior de la abadía lleno de estas vagas y misteriosas emociones, que impulsaban su agitado espíritu hácia lo sobrenatural y lo maravilloso.

MIS RAREZAS.

(Composicion satírico-bufolesca de D. Teodoro Gantoso.)

Tengo rarezas tan raras que hasta á mí mismo me asombran, y por pura diversion voy á escribirlas ahora.

Y si hubiese un hombre raro, mas raro que mi persona, vive Dios que le buscara, parairme á la su casa.

Pues yo tengo el privilegio de una rareza azombrosa, y es *privilegio esclusivo*, que tan solo á mí me toca.

Duermo de noche y de dia... sin distincion de la hora, pues la noche me da sueño, y el sol tambien me amodorra.

De modo que sin ser cómico, pues no tengo sales cómicas, *La vida es sueño* muy bien represento á todas horas.

Y á fé dormir no quisiera, que aunque el cuerpo así reposa, vivir durmiendo aseguro que es de la muerte parodia.

Me gustan los buenos platos, y las comidas costosas, y prefiero los pichones al agiaco y á las sopas.

Es rareza cual ninguna! —en el mundo no ví otra— pues quiero buenos bocados para regalar mi boca.

Aunque en las dos tengo carne, si me dijeren, que escoja buena moza ó buena mesa. . . estoy por la buena moza.

Entre el trabajo y el ocio, no quiero la gente ociosa, mas desco que trabajen, y tenderme á la bartola.

Me encanta ver á los hombres que buscando tener novias, hacen, cual si fuesen pavos, á las mugeres la rosca.

Quisiera que un sordo-mudo luciese su arte oratoria, y ver luego á un jorobado brincar en la cuerda floja.

Y á un manco batirse al sable, á un cojo bailar la polka, á un ciego leer en público, á un sordo cantar en óperas.

Y admirar á las mugeres escribiendo en verso y prosa, y componer sus maridos los adornos y las gorras.

Y ellas sean abogadas y defiendan *causas propias*, y que ellos en la cocina hagan preparar la sopa.

Y ellas se peguen sablazos, mandando la maniobra, contra muchos enemigos cuando su país asolan.

Y ellos en tanto le pidan —rezando á Dios por sus prójimas— vuelva pronto el regimiento

de sus caras Amazonas, de sus caras Amazonas, batiéndose á la pistola, y sus maridos en tanto zurciendo en casa la ropa.

Y ellas mientan las primeras al decir que nos adoran, y les demos calabazas como ellas las dan de sobra.

Me gusta nadar en tierra, porque el cuerpo no se moja, y caminar por las aguas, sosteniéndome las olas.

Pasára gustoso el mar —aunque en él muchos se ahogan— para ir en vapor á Regla, ó para cruzar las zonas.

Pero en nada soy mas raro —segun mis amigos notan— que en tratar al bello sexo, que componen *las hermosas*.

Con respecto á las mugeres, me gustan fincas y gordas, altas, bajas, regulares. . . en no siendo feas, todas!

Si una tiene gran nariz, mejor: con ella habrá sombra, y si es chata, me hago el cargo que yo le daré unas pocas.

Si tiene los pies muy grandes, anda sobre bases sólidas, y si fuese el pié pequeño, ménos sudará la bolsa.

Porque una muger sea bizca, ó tenga tuerta la boca, no la dejo, pues á falta de pan, buenas son las tortas.

Y si me caso y se empeña en hacerme una corona, diré llorando mi suerte: *he hecho un pan como unas hostias*.

Yo no encuentro diferencia, ya del pueblo ó ya señoras; ricas ó pobres las quiero. . . como sean buenas mozas.

Y no es extraño que busque á las mugeres hermosas; pues de una muger naci, debo quererlas á todas.

Por ser raro entre los raros, me gustan hasta las locas, pues me darán alegría con sus bullas y sus bromas.

Y que éstas quieran amar por cometa, no me importa, que en habiendo para mí, yo dejo rodar la bola.

Me vengo con ellas siempre; si una muger fuese tonta, me vuelvo tonto con ella. . . y celoso si es celosa.

Si ellas rien, tambien rio; tambien lloro si ellas lloran, que al son que me tocan bailo, sea con guitarra ó viola.

Si quieren baile el bolero, bailo el bolero y la polka; si jota piden, la bailo. . . aunque no entiendo una jota.

Si acso por el contrario me ofrecen muchachas sosas, incontinenti las tomo, pues *sal* tengo yo de sobra.

Y el trisagio y letanias, he de rezar, si me toca una de aquellas mugeres que se llaman santurronas.

Si una muger es soltera, nadie su conquista estorba, y si tuviera marido. . . hay editor que responda.

Las viudas me gustan mucho, que es una fruta sabrosa, arrancada ya del árbol que á comerla nos provoca.

Mucho me gustan de quince. . . así el médico me exhorta á buscarlas, que es bocado para ir despues á la gloria.

Si han cumplido ya los treinta, no las desecho por otras, que están en la edad del juicio, y debieran ser juiciosas.

¿Tienen cuarenta! ¡qué gusto! como fueran buenas mozas, las admito, que me placen el jamon y las jamonas.

Tengo buenas tragaderas, y no me pesa hasta ahora, que en materias de mugeres

encuentro malas muy pocas. Y como todas me gustan, aunque el corazon las odia, repito aquello: "Comnigo. . . abrazadas se vean todas."

Tengo en cambio la desgracia de que no seau filósofas, y esclaman como yo de ellas: "todo vale alguna cosa."

Dicen que corro parejas con el Coloso de Rodas; y una caña de pescar que parecezco, añaden otras.

Y esta me pone defectos, y otra luego los apoya, y no hay una que me quiera, y todas de mí se mojan;

Mas concluyo de esta vez, pues siento me llamen mosca, que las moscas son pesadas y lo pesado incomoda.

¡Cómo me está incomodando siempre el asonante óa. . . ! pero quiero aprovecharle: —es una rareza tonta—

Diciendo, junteis las manos, y aplaudais todos. . . y todas, pues si alguna no aplaudiere, será fea y rencorosa.



REVISTA DE PARIS.

(CONTINUA)

Si: *transit gloria mundi*, dije filosóficamente para mis adentros al finalizar la fiesta, y al observar que de los esplendores de la vispera solo habian quedado manchas asquerosas de aceite y sebo.

Las estatuas alegóricas yacian por el suelo hechas pedazos, y no dejó de sorprenderme ver á la *justicia* sin cabeza, y deshecho el brazo en que sostenia la balanza. El *comercio* no tenia piernas, y á las *artes* les faltaban los ojos.

No hay en el mundo pueblo de mas imaginacion que el pueblo parisiense, y eran de oír los dicharachos de las gentes de blusa al mirar aquel destrozado.

Los unos decian: "asi se verán en breve los reacs," al paso que otros observaban, que "los demos soc todo lo destruian sin crear nada."

Para que V. comprenda este nuevo vocabulario, le diré, que así como la Academia española duerme con un sueño solo comparable al de los siete durmientes, sin dar señales de vida, así la Academia francesa reposa en sus poltronas sin que las nuevas voces, emanacion ingeniosa de las revoluciones políticas y científicas, la saquen de su letargo para venir en ayuda del idioma, que carece de palabras para expresar cosas nuevas. El pueblo se ha encargado de este trabajo; pero lo ha verificado simplificando estraordinariamente las palabras: así es que ya á nadie se llama reaccionario, sino reaccni democrático socialista, sino demóc. soc. de modo que al paso que llevan, no será extraño el que un extranjero oiga decir á los cocheros simones: *¡Quiere V. ir á la plaza de la Vic. ó á la calle de Tiel,* en lugar de *á la plaza de las Victorias ó á la calle de Tiquetanc.*

Y ya que de cocheros hablamos, debo hacerle observar, que las dos profesiones mas opuestas al sistema republicano, son los conductores de carruajes y las hembras que los latinos llamaban *meretrices*, los de la edad media *barraganas*, y Alfonso Esquiros apellida hoy *virgenes folles*, es decir: *virgenes locas*. El castellano posee una palabra que les cuadra perfectamente, y que escuso escribir.

(Continuárá.)



MOSAICO.

ULTIMOS MOMENTOS DE JEFFERSON.—Tomás Jefferson, célebre publicista, y de los mas grandes y virtuosos ciudadanos, de que se envanece la América inglesa, decía muchas veces, que uno de sus deseos mas vehementes era morir el 4 de Julio, aniversario del día memorable (4 de Julio de 1776) en que se habia proclamado al mundo el advenimiento de una gran nacion, aludiendo á la famosa *declaracion de la independencia de los Estados Unidos*. Este voto se le cumplió: el 4 de Julio de 1816, aquel hombre venerable, que hasta entónces luchó valerosamente con la muerte, pareció aceptarla con alegría, y como un beneficio largo tiempo esperado. Espiró aquel día mismo á los 84 años de edad. Pocas horas ántes escribía á un jóven amigo suyo:

"Esta carta será para vos, como si llegase de la mansion de los muertos. Antes de que podais meditar acerca de los consejos que contiene, habrá descendido á la sepultura el que la escribe. Nuestro excelente padre deseaba que os dirigiese algunas líneas, que pudieran ejercer una saludable influencia sobre los acontecimientos de vuestra vida, y ademas yo tambien tenia interes en ello. Con la disposicion favorable que poseis, me parece que bastarían pocas palabras. Adorad á Dios, amad y honrad á vuestro padre y madre; amad á vuestro prójimo como á vos mismo, y á vuestro pais mas que á vos propio. Sed justo, prudente y leal, y no murmuréis contra la Providencia. Si seguís estos preceptos, como yo os lo recomiendo, la carrera humana en que entráis ahora, no será mas que el preludio de una felicidad inefable, y de una vida eterna. Y si es permitido á los muertos ocuparse aun de las cosas de este mundo, vivid per-

suadido de que las acciones todas de vuestra vida estarán desde arriba bajo mi protectora custodia. Adios"

RECETAS CURIOSAS.

JARABE DE GOMA ARABIGA.—Para preparar este jarabe, se lava y se machaca la goma en seguida se disuelve en frio con un peso de agua igual al suyo: la solution se pasa por un lienzo fino, añadiendo el jarabe de azúcar hervido, la hebullicion se continuará cinco minutos mas, haciendo una mezcla perfecta.

MODO DE AZOGAR CRISTALES PARA ESPEJOS.—Sobre el cristal del tamaño que quiera azogarse, se echa un poco de sal amoníaco en polvo, y con medio limón se frota bien para limpiarlo de lo que debe quedar sobre su superficie; se echan unas gotas de vinagre, y con un paño de bayeta se limpia con el mayor esmero. Se tiene preparada una hoja de estaño del mismo tamaño que el vidrio. Se pondrá azogue en una bayota, y recogiendo de suerte que quede en medio, y á fuerza de esprimirlo, se dejarán caer algunas gotas encima de la hoja, de estaño, con cuyas gotas se frotará ésta muy bien: se cubrirá despues de azogue toda la hoja de estaño, y sobre ella se colocará el cristal, cargándole un peso igual en todas sus puntas. Se deja por espacio de cuarenta horas, al cabo de las cuales, se halla el vidrio azogado.

MODO DE QUITAR MANCHAS DE ACIETE EN EL PAPEL.—Se echa encima de lo manchado polvos de cal viva, se pone otro papel encima, y despues una tabla. Se deja sobre ésta un peso como de ocho ó diez libras, y pasadas diez ó doce horas, desaparece completamente la mancha.

PARA QUITAR MANCHAS EN PAÑOS Y SEDAS DE COLOR.—Se hace una mezcla con media libra de miel cruda, una librea de huevo fresco, y como una onza de sal amoniaco pulverizado. Esta mezcla se extiende sobre las manchas, y se deja por algun tiempo. Despues se lava con agua clara, y las manchas desaparecen. Las manchas de seda ó lana se quitan usando el mismo método con una dissolution hecha en agua clara, de hiel de vaca, sal de sosa, y javon flojo.

MODO DE HACER ESCLENTE RON DEL AGUARDIENTE.—Se tomará una onza de azúcar, y se pondrá en un cazo á la lumbre que hasta que quede color de café, cuando esté en este estado, se verterá sobre un plato que está unido con eccite de almendras dulces, y se dejará enfriar, quedando como un caramelo; en seguida se machacará en un almirez hasta que quede molido como sal. Se tendrá prevenido en una botella un cuartillo de aguardiente del mas fuerte que pueda hallarse, y se le echarán los polvos de azúcar, se tapará bien la botella, y se meneará perfectamente para que se disuelva. Esta composicion al cabo de media hora, queda convertida en un ron esquisito.

ESTADOS DE LA EMBRIAGUEZ.—Al principio circula la sangre con mas animacion, la vivacidad se aumenta y se colorea el semblante; el bebedor se exalta, se trastorna su cabeza y se desconcierta; hora, rie ó se entrucece, apelmazándose como un puercro cuando es completa la embriaguez.

Los ladrillos de la torre de Babel se calculan en 28500 millones.

El cuerpo humano se compone de 244 huesos.

El sepulcro de Mahoma le sostienen 400 columnas é iluminan 300 lámparas.

TESTAMENTO LACONICO.—El que insertamos á continuación es de un celibato que murió en 1792: "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: No deo bienes de ninguna clase: deo muchas deudas: el resto se lo deo á los pobres."

PENSAMIENTOS SUELTOS.—El dolor es hijo del placer, lo mismo que los remordimientos son hijos del crimen.

El sueño es la imagen de la felicidad.

El hombre nace para vivir y morir: morir es nada, pero vivir!....

La ley mejor y mas sabia es la que dicta la sana razon.

La primera obligacion de todo buen ciudadano es respetar las leyes.

El desprecio que inspira la mentira es un homenaje tributado á la verdad.

El que se acuesta de noche y no puede recordar haber hecho algun bien, ha perdido un dia.

UNA PREGUNTA Y UNA RESPUESTA.—Una señora aun jóven y muy bella, al mirarse un dia con placer al espejo, dijo á su hijo: ¿Qué darías tú, hija mia, por tener mi cara?—Señora, respondió la jóven, lo que darías vos por tener tambien mi edad.

ESTUDIOS DE VIAGES.

LA MEZQUITA.

Hace cinco años que la ciudad de Argel contaba sesenta mezquitas, diez grandes y cincuenta pequeñas. La mas notable de todas ha sido consagrada por los franceses al culto católico. Las columnas que sostienen este grande edificio son de hermoso mármol blanco, estando cada una de ellas adornada de notables esculturas, de pasajes del Coran escritos en caracteres dorados sobre fondos de diferentes colores, que adornan los cuatro costados de la parte principal y el nicho que contiene la caja de iman. A esta caja se ha sustituido un altar, y las humildes sillas y bancos de los católicos han reemplazado las esteras y los ricos tapices de los musulmanes.

Antes de la conquista de Argel estaba prohibido á los cristianos, bajo pena de muerte, penetrar en una mezquita sin haber obtenido un *fransez* especial.

En el año de 1802 estalló una sedición en Constantinopla, con motivo de una visita que el enviado de Suecia y el de Nápoles, acompañados de muchas personas, hicieron en la mezquita con un permiso especial del sultan. Los estudiantes de Suleymanía gritaron: "sacrilegio!" atacaron á los visitadores y los golpearon. En un momento la ciudad se puso en fermentación: las mugeres turcas gritaban que asesinaran á aquellos perros cristianos, y á la policía le costó el mayor trabajo del mundo de separar á dichas dignidades del furor del populacho. Algunos dias despues mandó ahorcar á cuatro de los principales amotinados en presencia de los drogmanes y de los embajadores, mientras que otros treinta eran apaleados y desterrados despues.

[Concluirá.]



VARIEDADES.



LA RELIGION CONSIDERADA COMO BASE

DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ II.

Tan cierto es que la religion, despues de haber emancipado del dominio del hombre aquella parte de su especie que le estaba sometida, y para la cual el nacer en la esclavitud parecia ser su único delito, es tambien el único freno posible para contener á esta misma parte en los límites que le prescribe esta sociedad regeneradora. De otro modo, es preciso considerar á la sociedad actual en aquella crisis minaz y desastrosa en que se hubiera hallado el mundo, si antes de haber brillado la libertad evangélica, se hubiesen emancipado de repente y sin prevision los muchos millones de hombres que yacian dormidos en la esclavitud. El cristianismo fué generoso, no pudo sufrir la opresion del hombre: mas respetó las leyes establecidas, y procuró tan solo apresurar el momento de libertad general, produciendo en ménos de tres siglos mas número de emancipaciones que en cuatrota no habia verificado la civilizacion antigua. Verdad es que se

le ha culpado de imprevision política y de excesivamente profuso en su caridad, arrojando en medio de la sociedad millones de individuos que la fatigaban ó la abstruian. Mas el cristianismo contaba en su caritativa profusion con la caridad de los poderosos, y con la resignacion de los infelices, y con los innumerables asilos de beneficencia que abria á los desamparados. Contaba con el influjo irresistible y siempre moderador de su moral sublime y consoladora, con la cual el hombre queda satisfecho con la suerte que la Providencia le depara, y sufre resignado la sentencia de ganar el pan con el sudor de su rostro, que fulminó Dios á la humanidad. No contaba con tantas ambiciones desencadenadas, con el grito egoísta que cierra las manos del rico á las súplicas del pobre, con la helada indiferencia de nuevos reformadores de la sociedad, que sentasen su existencia sobre otras bases. No creia el espíritu ferviente y bienhechor de la religion, que se procurase desterrar de las clases mas desgraciadas sus calamitosos consuelos, que se cerrasen ó se demolicen sus asilos, y que en vez de civilizar las masas con los principios y sentimientos que inspira ella á todos los hombres, se procurase con el tiempo sumirlas en la mas estúpida ignorancia de sus verdaderos intereses, y dejarlas así embrutecidas; para que amenzasen de con-

tinuo á la sociedad, y se arrojasen á la menor señal á desgarrar las entrañas de esta madre misma que les nutria en su seno.

Con esta sencilla reflexion se echará de ver la perfidia y la impostura con que se procuran desterrar de las grandes masas los principios religiosos. No pudiendo bastar la sociedad para satisfacer todas las ambiciones individuales, siente en sí misma el peso insostenible de una falta de equilibrio que al último ha de acabar con su existencia. De este estado violento y amenazador nacen los delirios de anivclacion de fortunas, y otros sueños nacidos en el frenesí de una desmoralizacion impía; y de este estado tambien nacen aquellos crímenes espantosos que hacen estremecer á la humanidad. Este es el mal que aqueja todavía á las sociedades modernas, cuyo sordo ruido de impiedad venia á inquietar mas de un siglo hace, el oido atento de Bossuet. Este sistema destructor de las sociedades humanas sugiere á ciertos hombres la idea de una loca independencia de las leyes de la sociedad, constituyendo al individuo en una omnipotencia absoluta sobre sí mismo y sobre sus acciones, cual si hubiese nacido casualmente en medio de un desierto y sin lazo alguno que le uniere á la sociedad. ¿Qué han de producir semejantes ideas, imbuidas con el acento procaz de la pasion sobre espíritus ya corrompidos é ignorantes, que perdieron la sencillez y el pudor casi desde la cuna, cuyas primeras impresiones fueron la blasfemia y la maldicion, y cuyos primeros sentimientos son el odio contra todo lo que se opone á su voluntad, aunque sean los autores mismos de su existencia?

En vano es que se pretenda civilizar al pueblo sin el auxilio de los principios eternos de toda moral y de toda creencia. En vano se pretende moralizar á las masas con los únicos recursos de la filosofia ó de la politica. La

religion es el único freno capaz para contener al hombre en todas sus posiciones y en todos sus periodos. Mas de una voz se nos ofrecerá ocasion de manifestar el vicio radical de toda educacion que se funde en principios diversos de los que naturalmente inspira el cristianismo. Ahora no hemos hecho mas que manifestar de paso la necesidad de la influencia religiosa, para que las grandes masas, asi como los grandes poderes públicos, entren en el verdadero circulo de civilizacion. Del desprecio de este principio nace el eterno desasosiego en que vemos se agitan las sociedades por la herida profunda que han recibido en su seno, y que tarde ó temprano habria de producir su disolucion, si la Providencia, inagotable en recursos inesperados, no velase en la conservacion de las sociedades humanas, que forman la armonia del modo moral.

REVISTA DE PARIS.

(CONTINUA)

De teatros, amigo mio, poco ó nada tengo que decirle: dos ó tres comedias políticas, y un drama tambien politico, es cuanto novedad se ha presentado.

Sufragio I, rey del pais de los ciegos, es un *vaudeville* escrito con intichisima gracia, y en el cual está personificado el año de 1848, los *árboles de la libertad*, el *sufragio universal*, la *luz*, la *democracia* rija y otras muchas cosas mas. En este *vaudeville* se oye cantar *sotto voce* á un hermoso *álamo* la cancion *Viva Enrique V*, á un *loron* deplorar berrendo la triste suerte de la Francia, y á la *luz* invocar el *genio* de la Francia para que la liberte de los republicanos.

Otro *vaudeville* tiene por título *La pajarrera*. En él hablan los *pavos*, los *cavarios*, y en particular los *gan-sos*. Calcule V. lo que será.

A éstos sigue el drama horripilante, titulado: *La miseria*. El tal drama, politico tambien, es lo mas chusco que se puede ver. Por lo pronto, en el prólogo muere de hambre una madre rodeada de seis ú ocho hijos cubiertos de andrajos, y poco despues su padre se suicida delante de sus hijos, lo cual no deja de ser muy moral. La muger del *contrabajo* de la orquesta, que se encontraba por desgracia en el teatro, el dia de la primera representacion del drama, malparió en uno de los palcos bajos, y fué imposible conseguir que el timbalero llevase el compas medido durante ocho dias que duró la representacion del drama. Eran de ver, amigo mio, los esfuerzos sobrehumanos de los que tocaban el *figle*, clarinetes y trombones, para poder tocar afinados: los trombones berrecaban, los *figles* lanzaban suspiros espantosos, y un confuso chirrido era cuanto podia obtenerse de los clarinetes. Agregue V. á esto que en cada acto iba en aumento la mortandad, la música discordante mas y mas, las mugeres y chiquillos mas llorosos, y tendrá V. una idea de lo divertido de la funcion. Era un verdadero *pandemonium*.

El reverso de la medalla se encuentra en el teatro de *Montansier*. Nada mas *verde* ni mas *colorado* que en lo que en el tal teatro se representa. Pueda asegurar á V. que una madre de familia decente no debe de llevar á sus hijas á *Montansier* si desea conservar su inocencia; pero en cambio los espectadores se ven cuanto pueden desear. El escándalo ha llegado á tal punto en las producciones dramáticas, que el gobierno se ocupa seriamente en poner coto á tantas demasias.

Lo que verdaderamente es digno de verse, es el panorama de la batalla de *Eylau* en los campos Eliseos, y el pa-

norama *mónstruo* de las vistas del *Misisipi*, en el teatro del *vaudeville*.

Nada mas grandioso que estos espectáculos.

Del primero diré á V. que la ilusion es tan completa, que cree V. oír las detonaciones de la artilleria, los gemidos de los moribundos, y hasta las voces de mando de los generales.

Nada se ha olvidado en este admirable lienzo. Hasta los accidentes insignificantes de la batalla mas sangrienta de las edades modernas, están pintados con una verdad y una profusion de detalles tal, que no se sabe que admirar mas, si la perfeccion del trabajo artístico, ó la inagotable paciencia del pintor.

Tres años hace que está espuesto al público este panorama, y no hay dia en que los parisenses no vayan en masa á admirarlo. Este hecho tan solo le dará á V. una idea de su mérito.

El segundo panorama es un lienzo de *lagua y medía de longitud*, y cuya anchura ocupa de arriba abajo todo el escenario.

En él está fielmente representado todo el curso de uno de los rios mas grandes del mundo.

Desde su luneta puede V. divisar las inmensas *sábanas* de América, que naciendo á orillas del *Misisipi*, van á perderse de vista en el horizonte lejano, confundiendo sus tintas verdes con las azules del firmamento.

Todos los fatales accidentes que, con demasiada frecuencia por desgracia, ocurren en las aguas del rio, están retratados con una fidelidad inimitable. Incendios de vapores, huracanes, avenidas y naufragios.

De desear sería que los árboles, animales y personas que animan de vez en cuando el paisaje colosal, estuviesen tan bien pintados como el colage, las aguas, las montañas, los buques y las poblaciones que en el mismo figuran.

El desarrollo de tan inmenso pan-

rama dura dos horas. Empieza en las cascadas de San Antonio, y concluye en el golfo de México. Es decir: mil quinientas leguas de paisaje continuo, siguiendo el curso del río.

Thon Smith ha inmortalizado su nombre.

Los salones han estado poco animados este invierno. En la primavera, tal cual concierto vergonzante es lo único que ha distraído á los aburridos habitantes de los arrabales de San German y San Honorato. Estos últimos días, dos compatriotas nuestros han representado su papel en los conciertos. El uno, como tocador de *bandurria*, ha llamado la atención, tanto por la maravillosa destreza con que lo maneja. Este artista, ciego á consecuencia de las fatigas de la guerra civil de las Provincias Vascongadas, ha conseguido transformar la *bandurria*, instrumento ingrato que nosotros conocemos, en otra cosa que participa del sonido dulce del piano y del plañidero y sentimental de la flauta. El Sr. Echevarría puede gloriarse de ser el único en el mundo como buen tocador de *bandurria*. Los que frecuentan los baños de San Sebastian, Biarritz y Archavaleta, podrán disfrutar este verano del placer de oírlo.

La otra artista es una negra, María Martínez: es demasiado conocida en todo el mundo para que yo pueda hacer su elogio.

El teatro italiano se cercó. El de la ópera Comica sigue moribundo su marcha penosa: el *Gran teatro de la ópera* solo se vivifica de vez en cuando, al poderoso impulso de la *Alboni*. Si esta eminente artista abandona el escenario de la *grande ópera*, su existencia será muy problemática; la desercion en masa del público, dará á conocer que solo quedan algunas medianías.

Pero Paris tiene aún muchos recursos. Las ninfas de la *Chaumiere*, Ra-

nelag, Mabile, Enghuin, Ansieres, están ya en escena.

Aérea *Frissette*, encantadora *Rigolette*, rubia *Palмира*, morena *Corali*, vosotras todas, bailarinas mas ó menos *cancanezas* de los bosques umbríos de *Asnières* y *Chateau rouge*. . . yo os saludo. ¡Ah! Y con qué gracia, con qué voluptuoso abandono meceis vuestros cuerpos flexibles y vuestros infligibles pies, al compás del cometín de piston de *Denaldi*, ó del poderoso arco del violín de *Pilodo*!!!

Cuando os miro embebecido arcar los brazos, apoyar vuestra cabeza sobre el hombro de vuestra pareja, y enseñar en saltos furiosos vuestras ligas color de café, no me es dado comprender cómo el prefecto de policía ha podido concebir la idea de ser representado por los municipales para evitar el que os entreguéis á esos arrebatos entusiasmados, producidos por una polka alegre y juguetona ó un rigodon *Boston generis*.

Todos los prefectos en general, y el de Paris en particular, son personas de poco gusto. A no ser así, dudo mucho que tratasen de oponer el ceño adusto administrativo al vivaracho, alegre y provocativo de las reinas de los bailes campestres. A bien que los empleados subalternos nunca son tan severos como los gefes. Por eso algunas veces, á vista y paciencia del municipal que dormita sobre un banco, vuestras posturas son mas *chiques*, vuestras miradas mas ardientes, vuestros saltos mas elevados que lo que las medidas gubernamentales previenen, y vuestras ropas se alcan á mayor altura de lo que un honrado municipal desperto pudiera tolerar. ¡Es tan ligera la tela con que se visten las mujeres en el verano!!! Por eso tambien, concluido el *rigodon*, la *scotch*, el *valse* ó la *polka*, os eclipsais con vuestros *cavallieros servantis* en las brias alamedas, de cuyos oscuros centros salen á veces risas sofocadas, sus-

piros significativos, y otros mil ruidos inocentes. El municipal que se despierta entonces por casualidad, gira sus ojos de lince, se atiza el bigote, se cala el morrion, frunce el ceño, requiere su espada, y . . . se vuelve á dormir.

Pero suena la orquesta, y los bastos tan animados antes, quedan de nuevo desiertos.

Un observador malicioso no deja de sonreirse al reparar en que el vestido blanco, puro y sin mancha como la inocencia, tenga al salir tal cual mancha color *verde montaña*.

¡Son tan suaves los cojines con que nos brinda á descansar la naturaleza!!!

De mí sé decir que no encuentro colchon mas blando que las yerbas de un prado, ni almohadas mas suaves y perfumadas que las que me ofrece el musgo amonestado de las praderas.

Si estos inocentes episodios no viniereis á variar el monótono aspecto de un baile campestre, las *Rigolette* y demas ninfas coserian puntos de medias ó lavarían sus camisas; ocupaciones indignas de manos que empuñan el cetro en los bailes, como reinas natas y de incontestable derecho.

Y sin ellas ¿qué sería de los bailes campestres?

Y sin bailes campestres, ¿cómo soportar la existencia veraniega en Paris?

Poco me queda ya, amigo mio, que noticiar á V.; pero esto poco merece mencionarse.

¡Sabe V. quién es un señor llamado Cab?

Y otro que es conocido con el nombre de Mac Adam?

Apostaría ciento contra uno que son nombres que lee V. por primera vez.

Pues sepa V. que el tal Cab está llamado á hacer una revolucion *reac*, al paso que Mac Adam es el predestinado para evitar las *democ* soc.

Este es un enigma que me apresuro á descifrarle.

Largo tiempo hacía que la aristocracia inglesa meditaba profundamente acerca de los adelantos de la clase media y del pueblo. Veía con profundo dolor que estas clases se le iban acercando paulatinamente, y que el resultado final de estos adelantos sería verse al mismo nivel que ellos. Mediación con aquella tenacidad propia de los hijos de la *perfidia Albion*—procurando hallar un medio por el cual pudieran conseguir agrandar la distancia de clases, que cada día iba estrechándose. La mirada profunda y escurtadora de los *Milords*, recorrió todas las clases de la sociedad inglesa, para indagar la verdadera causa de este fenómeno, atacarlo en su origen y poderlo destruir hiriendo en el corazón.

¿Cuál sería su asombro al abservar que el agente principal de este movimiento de *aproximacion*, por decirlo así, era la misma aristocracia! Observar, proponer el remedio y adaptarlo, todo fué uno.

Supongo que V. sabrá, y si no lo sabe yo se lo dire, que el resultado de las meditaciones *británicas*, suele ser, ó un desastre de fatales consecuencias, ó el mas estrambótico desatino de cuantos pudieran ocurrir á una imaginacion enferma.

Si ocurre lo primero, viértese sangre, cíbrese de luto la sociedad, gástense millones, y puede darse por muy satisfecha la humanidad, si al cabo de sacrificios sin cuento logra al fin volver al estado en que antes de la *ocurrencia británica* se encontraba.

Si sucede lo segundo, el primer movimiento es el de la sorpresa general, á la cual sigue una carcajada de risa universal.

Afortunadamente ha sucedido esto último.

Los frailes de Inglaterra (vulgo loslores), descubrieron que el mal, á cu-

yo remedio querian acudir, provenia de sus criados, y que éstos estaban autorizados á cometerlo por el uso y aun por el mandato de sus amos.

En efecto, la aristocracia no habia reparado hasta ahora que sus cocheros ocupan el puesto de honor en sus carrozas, que cuando sus hijas y mugeres iban al templo, los criados las precedian con sus cojines y biblias mas ó menos ortodoxas.

Aquí está el origen del mal, esclamaron: remediémoslo.

Por fortuna tropezaron con un fabricante de coches llamado Cab, el cual, oídas las quejas de la aristocracia inglesa, inventó un vehiculo que satisficiera todas las exigencias del orgullo aristocrático ingles.

Figúrese V., amigo mio, dos ruedas grandes y pesadas, del tamaño de las dos ruedas traseras de nuestras galeras tradicionales. Figúrese uno de nuestros antiguos confesonarios con las dos medias puertas que se abren por delante. Coloque V. este confesonario, no perpendicularmente, sino con una inclinacion de 25° sobre el robusto eje de las ruedas colosales. Establezca V. un *sillón* de hierro en la parte posterior y superior del confesonario, y coloque V. allí al cochero. Haga V. poner dos hierros con anillos en la parte superior delantera del cajon del coche. Pase V. las larguissimas riendas del caballo por los anillos para que vengan á manos del cochero; y tendrá V. una idea del vehiculo mas extraño que haya marchado sobre las ruedas.

Este vehiculo se llama *Cab*. Lleva el título de su inventor.

Escuso decir á V. que este carruaje ha merecido la aprobacion universal del *sport* ingles. En efecto, en estos coches el criado ocupa el puesto que le corresponde, y el noble lord no tiene por delante obstáculos á su vista, ni se halla ofendida su dignidad, obligado, como estaba antes, á contar los botones de los faldones de la casaca de

su cochero. La revolucion *reac* se consumó.

Sease que en Paris los *reac* están de mala data, sease que el parisense está siempre dispuesto á mirar con prevencion cuanto viene del otro lado del canal de la Mancha; sease, en fin, por lo ridiculo de la invencion, ello es que ha silbado *soberanamente* el invento, y que ha prestado amplia materia al célebre caricaturista Cham, para llenar las páginas del *Punch* en *Paris* de las caricaturas mas ingeniosas. El *Cab* está juzgado: vivirá y morirá en Inglaterra.

Ahora le toca su vez á Mac Adam. "Sin empedrado no hay barricadas: sin barricadas no hay revoluciones."

Este es un axioma tan conocido en Paris, como aquel otro tan famoso en el barrio de Breda: *Sans argent point d'amour*.

Y he aquí que el tal Mac Adam inventa un nuevo medio de empedrar las calles, con simple cascajo y arena.

Y he aquí que la municipalidad de Paris, que conoce á fondo á su administrador, *macadamisa* los *boulevarts*.

Tiene V. hoy en el dia la mitad de los *boulevarts macadamisados*, y la otra mitad aguarda su vez.

Cierto es que en esta sapientissima medida se van á evitar las barricadas; pero tambien es cierto que las calles *macadamisadas* serán en invierno pantanos intransitables, al paso que en verano habrá un polvo tan infernal, que andaremos dándonos de escorrones cuantos nos pasamos por aquel punto. Las nubes de polvo cegarán á los transeuntes.

Pero amigo mio, contesta la municipalidad, yo hago *macadamisar* los *boulevarts* por dos razones.

Primera, para evitar alborotos. Segunda, para castigar á los tenderos de Paris, que se han atrevido á dar una leccion al gobierno en las últimas elecciones.

¡¡Pobres tenderos!! Desde el *maca-*

damisage venden un cincuenta por ciento ménos que antes.

Dios les libre en México de tres misteres:

- Mister *Cab*.
- Mister *Mac Adam*.
- Y mister *Bulwoer*.

De modas nada hay que decir. Los sombreros que usan las señoras es lo mas feo que puede imaginarse. Yo creo que algun otro *Cab* ha sido su inventor.

Solo me resta hacer á las mexicanas una observacion.

Mientras ellas empiezan á adoptar con entusiasmo el *desgraciado* sombrero frances, las francesas suspiran por dia en que la mantilla española hará á su vez una invasion en Francia.

Este invierno se llevaban adornos de cabeza muy parecidos á nuestra graciosa mantilla.

Adios, amigo mio: saludo á V. prometiéndole otras revistas, si esta tiene la suerte de merecer la aprobacion de los lectores de *LA CIVILIZACION*.

Paris 16 de Junio de 1850.

JOSE M. DE GOIZUETA.

Sr. D.



D. ALBERTO LISTA.

Traia á bordo la corbeta Rosa en el viage que hizo con rumbo á Cádiz, zarpando del puerto de la Habana el 3 de Mayo de 1841, individuos encanecidos en los cálculos del tanto por ciento, y poseedores de pingüe tesoro; in-

felices mortales que al apartar sus ojos de la reina de las Antillas, la daban el nombre de *madrastra*, porque ansiosos de trepar allí á la cumbre de la fortuna, solo habian logrado rodar una vez y otra por su áspera pendiente; algun

peninsular orgulloso de haber visitado los amenos cafetales de San Antonio, la Guira de Metena y la Artemisa; tal criollo contento de abandonar accidentalmente sus penates con ánimo de recibirse de licenciado en leyes y de dar un paseo por Europa. Dos pasajeros se distinguían entre todos por el singular contraste de sus caracteres. Sentent el uno, jovial, decidór y simpático, solía animar todas las conversaciones; católico viejo, hacia una profunda reverencia si mencionaba al Pontífice de Roma, español rancio, se jactaba de no haber usado nunca prendas de vestido, adornos ni muebles de fabricación extranjera. Aun le quedaban al otro años juveniles: de figura elegante y pulidas maneras trataba con afectuosa urbanidad á sus compañeros de viage: tenía apellido francés, era oriundo y vice consul de Francia en la capital de Cuba. Ambos sustentaban cierto día y a la altura de las Azores, un vivo debate sobre la educación de la infancia: decía el castellano viejo, sin escrúpulo de contradecirse, cómo había educado á sus dos hijos en Berlín y en la América del Norte, porque nadie es profeta en su patria y al hombre le está bien correr mundo. Respondía su contendiente que él no se proponía criar una prole de profetas y sí de ciudadanos: que á un niño no le aprovechaba vivir en país extranjero, sino para adquirir la costumbre de considerarle como tierra propia, y que lo de correr mundo podría servir á la educación de complemento, no así de principio. Replicaba el primero, tal vez arrepentido en aquella ocasión de su impopular franqueza, que no conocía notables institutos de enseñanza, á escepcion de las escuelas militares, en ninguno de los dominios españoles. Despues de citar el segundo á los Esculapios hizo mil encomios de un colegio, establecido en Cádiz bajo la advocación de San Felipe, y de su director ilustre, maestro desde la edad de trece

años; próximo á cumplir entonces sesenta y seis, dotado de superior talento, de alta reputación, de solícito celo; padre de sus discípulos, amigo de los mas sobresalientes; bondadoso hasta para el castigo, propicio á la recompensa; vivo reflejo de muchas glorias, nacidas á la sombra de sus laureles, y por su perseverante asiduidad cultivadas hasta conseguir óptimos frutos. Luego que hubo pronunciado el nombre de D. ALBERTO LISTA, nadie se mostró sorprendido ni tuvo por excesivas tales alabanzas; aquel nombre era familiar para todos, como timbre de la nación española y legítima celebridad en el orbe literario.

(Continuará.)

MOSAICO.

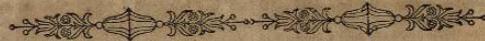
CIRCULACION DE CARTAS EN INGLATERRA.—En el año último se han distribuido 337 millones y medio de cartas no habiendo pasado en el año 1839 de 76 millones; tan desproporcionado aumento se debe á las rebajas de su porte y al franqueo obligatorio.

Se dice que el cocodrilo tiene tantos dientes como días el año.

El salto de una pulga, equivale á 200 veces el tamaño de su cuerpo.

Un centenario ha vivido 1200 meses; 26,525 días, 877,600 horas, 52,596,000 minutos, y 3,155,760,000 segundos.

ADVERTENCIA.—Por la abundancia de materiales, hemos suspendido la continuación de la novela SI & NO, y la conclusión del artículo LORD BRON; pero sin falta continúan en el número siguiente. Igualmente daremos cabida en él á varias noticias que han tenido la bondad de remitirnos para su publicación.



VARIEDADES.

LA RELIGION CONSIDERADA COMO BASE

DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ III.

(CONTINUA.)

Réstanos, pues, examinar la acción civilizadora de la religion con respecto á las inteligencias elevadas. Sobre este punto se nos acumulan tantas reflexiones, que solo indicarlas podremos, dejando su completo desarrollo para otras ocasiones mas oportunas.

No hay duda que el grande poder del hombre es el de la inteligencia. Marca sublime de su superioridad sobre todos los seres que le rodean, sujeta con ella, á beneficio suyo, todos los vivientes y todas las fuerzas de la naturaleza que el Criador fió á su dominio. Pero derramando este don precioso, y el que mas le acerca á la Divinidad sobre todos los seres de su especie, de los cuales forma una parte esencial y distintiva, nó fue concedido á todos con la misma medida, así como la naturaleza no repartió á todos con igual mano las calidades sensibles de la fuerza y de la hermosura.

El poder de la inteligencia, ora por falta de intensidad, ora por falta de desarrollo, quedó circunscrito en algunos pocos espíritus que han podido hacer de él la dicha ó la desgracia del género humano.

Dos campos igualmente bellos y espaciosos, se presentan al pensamiento del hombre, el universo físico y el universo moral, uno y otro fijan sus miradas investigadoras, uno y otro forman el maravilloso complemento de la creación. Mas en el órden físico de los gozes del hombre son limitados, y como son limitados tambien los medios que tiene para penetrar sus arcanos, satisfachas ya sus primeras necesidades, la Providencia dejó la naturaleza á la discusión del hombre; y en esta parte el error no puede producir resultados de funesta trascendencia, pues lo que mas pueda suceder, es que el hombre se vea burlado en su curiosidad, ó coartado en sus placeres. Mas en el órden moral debía la Providencia encender una luz inextinguible y segura que sirviese de faro á la razon en el oscuro y proceloso piélago de la vida. Esta luz es la religion, único punto luminoso que le señala á lo lejos un puerto en medio de esc mar sin orillas; y las altas inteligencias, para ser útiles á la humanidad, no deben ser otra cosa que el fiel reverbero de esta luz, para conducir á los que no tienen la dicha de verla tan distintamente. Y

¿qué otra misión pudiera confiar la Providencia á los espíritus elevados, á quienes tan generosamente descubrió mayor parte de sus arcanos, y cuyo pensamiento ennoblecido con mayor caparid, es oponerse á las miras de la Divinidad; es ser á ella ingratos.

Sucede con las gerarquías de la inteligencia humana lo propio que en las angélicas, en el momento en que fueron criadas. De las mas elevadas, unas se enamoran de sí mismas, y ciegas en su insolente orgullo, se encierran y exclaman: no hay mas Dios que mi voluntad, no rendiré la cerviz. Otras, empero, humildes y reconocidas, penetran con su mirada de águila la distancia infinita que les separa del Criador, de quien han recibido la belleza de su sabiduría, y llenas de un santo entusiasmo, exclaman: ¿Quién como Dios! Y Dios se los comunica, y las levanta despues junto al trono de su gloria; y las precitas, las que engordas afectan desconocer á Dios, caen ya desde luego en el abismo de las nieblas, para hundirse despues en el abismo eterno del dolor.

El hombre debe naturalmente á Dios el sacrificio del don mas precioso que ha recibido. No hay duda que el mejor tesoro que le concedió la Divinidad es la razon; y cuanto mas sublime es esta razon, con mayor motivo ha de consagrarse á aquel de quien la recibió. Este es el deber de todo talento, considerado como una obligacion individual, como la relacion de la criatura al Criador; mas si se considera en las relaciones que tiene el hombre con sus semejantes, esto es, en cuanto á su deber social, esta obligacion nos parecerá aun mas lata, y de mayor responsabilidad ante Dios y ante los hombres.

Vemos en el órden del universo visible girar unos astros al rededor de otros, los satélites en torno de sus planetas, y éstos al rededor del sol, cen-

tro para nosotros del gran sistema de esta armonía universal. Lo propio sucede en la tierra con las inteligencias. Cada una de las superiores se forma una cierta órbita, en cuyo torno van girando las de un órden inferior, siendo Dios el grande centro de todas las inteligencias creadas y posibles que no son sino sus mas ó menos vivos reflejos. Así, pues, toda inteligencia que no refleja sobre sí misma este divino sol, y no gira en torno suyo, no solo turba la armonía moral que ha de presidir en los espíritus, sino que arrastra en su aberracion desastrosa una multitud de satélites, que son otros tantos descarrios del órden general, y de cuyo desórden es responsable.

(Continuará.)

D. ALBERTO LISTA.

(CONTINUA.)

Vencido en la contienda el que por espacio de doce lustros se habia mostrado español siempre, menos en la manera de educar á sus hijos, si le hubiera quedado otro, lo educara sin duda en el colegio de San Felipe, á donde traía los suyos el vice-roy de Francia. Por necesidad el termino de este altercado, contándonos entre el número de los discípulos del venerabilísimo anciano, hoy director del colegio de San Diego de Sevilla. Allí vió la luz del mundo el 15 de Octubre de 1775, debiendo el pan de su niñez á los escasos productos de la industria de la seda, próspera en un tiempo. Dulces memorias guarda D. Alberto Lista y Aragon de aquellos venturosos dias, en que sentado al telar, trabajá-

ba para sostener á sus padres; alumno de la universidad, cursaba filosofía y teología, y afecto por insulso á las masas, trasladaba al papel sus primeras inspiraciones; así conciliaba sus deberes con sus gustos; como el estudio y en fuerza de vigiliass se acreditaba á la vez de matemático y poeta. Ya en 1788 servia en calidad de sustituto de la cátedra de matemáticas, so tenido por la sociedad económica de Sevilla. Y en 1796 como propietario la del colegio de San Telmo. Pertenezia entonces á una academia particular de humanidades, compuesta de jóvenes amantes de la amena literatura á quienes servian de modelo Garcilaso, Herrera y Rioja, juntamente con Melendez, Moratin y Jovellanos, restauradores del buen gusto. Obtenia Reinoso el premio en un certámen propuesto por la academia de buenas letras de Sevilla, y Lista el accessit, cantando la *Inocencia perdida*; á los ventiocho años se ordenaba éste de sacerdote; bebía el agua de extrangeros rios, mientras entonaban sus compatriotas himnos de triunfo, despues de las jornadas de San Marcial y Tolosa, fin de una heroica lucha.

Vuelto á España en 1817, ganaba por oposicion la cátedra de matemáticas del consulado de Bilbao; residia allí hasta 1820, y fundado en Madrid por entonces el colegio de San Mateo, vino á ser su regente, encargándose de tres asignaturas. Citar los jóvenes, que allí adquirieron el tesoro de la enseñanza, equivaldria á escribir un largo catálogo de nombres ilustres en todas las carreras del Estado. Dos años despues ocupaba á la prensa de todos los paises la publicacion de las composiciones poéticas de D. Alberto Lista; en verdad que era digno de tan señalada honra, concedida á poetas, pues á la sazón casi habia en Europa menos poetas que monarcas.

En la segunda edicion de estas poe-

sías, hecha en 1837, la que tenemos á la vista para juzgar á su autor como poeta. Si nadie le niega este titulo, hay quien se lo escatime ó se lo conceda con amplitud escasa, y solo por no ir contra la corriente. Emana esta opinion, á que se adhieren los menos, de esa imposibilidad en que se creen los hombres de conceder dos aptitudes á un mismo talento; arguménto vago hasta lo sumo, máxima superficialísima, vulgar creencia que impugna un escritor frances de los mas reputados y famosos. Según esa lógica extraña, un gran poeta es por lo general escéptico prosista, y un buen prosista es casi siempre mal poeta; y cuando se halla uno que escribe con igual soltura en prosa y verso; todo el apuro consiste en determinar si la naturaleza le hizo prosista antes, y despues poeta, ó primero poeta y despues prosista, para clasificarle en una de las dos categorías con arreglo al número y éxito de sus obras. Enunciada tan peregrina idea, es ocioso manifestar como todo el que no reconoce á Lista por distinguido poeta, le ensalza por crítico hasta las nubes. En concepto de algunos, solo hay estro si fuge la herciente lava de los volcanes, y arranca el abrego de raiz el tronco de secular encina, y zumba en honda selva el estruendo de la batalla; necesitan quizá de emociones violentas: nada les quita el blando murmullo del arroyo, mientras gozan con el formidable ruido de la catarata, y al paso que el mar tempestuoso emblesa sus sentidos y arroba su pensamiento, el mar tranquilo les parece espectáculo indigno de fijar sus miradas; oyen sonar como una voz sin eco músicos de patéticos tonos, y perciben deliciosas melodías en el toque que á calcuerda de militar charranga seco el manual del llanto, niega tributo á sus ojos, y su corazón rebosa de élera al menor contratiempo de la vida; el infortunio no les entristece, les desespera: no conciben el amor como

un sentimiento dulce y afectoso, es para ellos una pasión frenética, vehemente y devoradora; el sosiego de la paz les mortifica, y la agitación del tumulto les contenta. Lista no ha herido nunca las cuerdas de su lira vibrando compases acordes con armas de tan acorado temple. En sus cantos, ricos de suavidad sublime, de dulce melancolía, de delicada ternura, ha reunido la severidad y fluidez de Ríaja, con el mágico artificio de Calderón de la Barca. Se complace en escribir con galanura la temprana luz de la espléndida aurora, colorando los horizontes de sonrosada grana; la sutileza del luciente sol, rompiendo las ondas del alterado mar, y guiando el ardiente carro, que enciende los orbes con luz pura; el verde prado, opulento de variados matices, que ofrece crecido pasto al ganado entre lirios y rosas; el sonoro raudal que libre resbala entre guijas y esmalta de aljófares las flores de su ribera apacible; el brillar de la primavera sobre las alas del invierno. Favonio, cuando risueño deshoja su florida guirnalda y va sembrando sus dones por las fértiles vegas.

Noble émito del maestro Fr. Luis de Leon, llora Lista la muerte de Jesus con acentos que se sienten, no se analizan; esa poesía, llena de unción religiosa, de elevados conceptos, de solemne sencillez, es el suspiro de un corazón doliente, exhalado entre lágrimas de gratitud y de tristeza, de arrepentimiento y de esperanza; es la voz de la humanidad entera, redimida por el amor inmenso del Dios de las virtudes; es la inspiración nacida y fecundada sobre la cumbre del Gólgota con la preciosísima sangre del Justo, y transmitida en espíritu á la mente fervorosa del poeta cristiano. Esa poesía, en fin, durará como las generaciones hasta el último límite de los siglos.

Nada mas halagüeño que el sabor bíblico derramado por Lista en el canto del Esposo, feliz imitación del Can-

tar de los cantares; allí pinta el Libano volcando arenas de oro y alfombrando sus laderas de verdura; y las viñas de Engaddi, donde empiezan á retortar pámpanos y racimos; y las vertientes del Herman, no ya cubiertas de nieve, sino húmedas con el blando rocío de las auroras de Mayo; y las florestas de Jericó matizadas de purpúreas rosas. Bello es también el Canto de la Esposa á la resurrección del Salvador del mundo; y notable además por la circunstancia de haber intentado el fanatismo monacal, persuadir á Fernando VII que toda la composición era alusiva á políticos sucesos, y con especialidad la siguiente estrofa:

Si, yo te ví pendiente
del duro leño, y enlutado el cielo
cubrió de negro velo
su faz resplandeciente:
los ríos se turbaron
y los eternos montes vacilaron.

Señalándose por su ignorancia absoluta, ó por su malignidad ponzonosa muchos de los que rodeaban el trono español en 1825, suponían que el *duro leño, el esposo y la esposa* enalutaban la idea de la horca, Riego y la patria; y que todo el canto era una especie de profecía, anunciando el restablecimiento del sistema, destruido dos años antes por el duque de Angulema y cien mil franceses: es cuanto puede sugerir la intolerante suspicacia de un partido.

Si de las poesías religiosas, pasamos á las líricas profanas, sin detenernos en la *victoria de Bailen*, nos embelazan y admira *El himno del desgraciado*. Solo un poeta de primer orden puede glosar con tanta variedad una idea sencilla, como la de pedir el auxilio del sueño para apaciguar los males de la vida, espaciando profusamente las galas de melancólico encanto y de arrobadora tristura.

(Continuará.)

SI GNO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.

(CONTINUA.)

Al día siguiente, á la hora de cenar, llegó Félix: el coronel sufría menos, y por consiguiente estaba menos misántropo: en cuanto á María y Jorge, manifestaban en sus semblantes la serenidad habitual de su corazón.

Concluida la cena, y encendidas las pipas, cada uno ocupó su asiento: María y el coronel á los dos lados de la chimenea. Jorge en el canapé debajo de dos cuadros, uno de Mieris, y otro de Boucher; y Félix delante del fuego. Jorge comenzó su narración en estos términos:

Todavía se cuentan en W. . . un gran número de cosas originales y chistosas de cierto caballero. No me atrevo á pronunciar su nombre; mas como debemos darle alguno, le llamaremos Mr. Marbel. Decía, pues, que aun en el día de hoy se refieren cosas asombrosas de Mr. Marbel. Deseo contaros una que muy pocos saben, y que tal vez os interesará.

Mr. Marbel era un hombre recto, de buen juicio, sin presunción ni orgullo; íntegro y leal, y de consiguiente gozaba la reputación de un ser extraordinario. En general se le miraba como un loco, de que no puede esperarse gran cosa. El, lejos de alterarse ni incomodarse con tan vulgares habi-las, decía: tienen razón, "yo vivo á mi modo: tanto peor si les choca. Ellos viven como mejor les parece; siguen la corriente del río, buen viaje!". Visten á la moda, comen y beben á la moda, y encuentran exquisito el gusto de las ostras. Dan á sus hijos la educación de moda. . . juzgan, alaban y

critican con arreglo á la moda, y jamás por convicción ó según lo que les dicta su conciencia: yo no los vitupero; pues que me dejen obrar."

Mr. Marbel era muy rico, aunque en sus principios había poseído muy poco. Había sido escribiente de una casa de comercio muy fuerte de Hamburgo, y sucesivamente desempeñó en ella los primeros empleos. Dos veces lo enviaron á las Indias, y al fin consiguó la idea de hacer algunos negocios por su cuenta: primero fué tímido y de poca resolución; mas luego cobró ánimo, y concluyó con emprender especulaciones en grande. Para tener una persona que administrase fielmente sus bienes durante sus viajes, se casó con una joven huérfana, prudente y discreta, que á no ser por él, hubiera quedado espuesta á permanecer soltera toda su vida. La encontró llorando al pisé de un vallado, un día que acababa de atravesar por una población pequeña.

—Por qué lloras! la preguntó

—Porque acaba de morir mi madre, y me han despedido.

—Ven conmigo, hija mía.

La hizo subir en su carruaje, se sentó á su lado, y cuando llegó á la ciudad mas inmediata, la colocó en una silla de posta indicándole su domicilio. Durante seis meses la joven sirvió de criada á Mr. Marbel, y al cabo de este tiempo se casó con ella.

—Estás loco, le decían sus amigos; con vuestras riquezas hubierais podido enlazaros con una opulenta heredera: pero encontrar una mujer en un vallado y casarse con ella. . .

Todo esto está muy bien, contestaba Marbel; pero en punto á doncellas, prefiero la mejor, y sobre todo, la mas virtuosa.

Cuando hubo reunido una fortuna mas que regular, pensó en dejar los negocios, colocó sus fondos en donde los creyó mas seguros, y no quiso ya hacer nada.

—¡Estais loco, le decian sus amigos, pensar en retirarse á descansar á la edad de cincuenta años! . . . Ahora que ya tenéis experiencia, es cuando os debéis dedicar á los negocios.

—Bueno, bueno, respondia Marbel: quiero comer el pan que he ganado; ahora, que todavia tengo dientes para mascarlos.

Aunque, como ya he dicho, era muy rico, vivia en una casita pequeña, sus muebles y vestidos eran en extremo sencillos: no tenia ni caballos ni carruages, y su mesa no estaba franca; cualquier trabajador de la comarca haciale mas gasto que él. Sin embargo, cuando le daba la humorada, era hombre que arrojaba el dinero: casaba á los jóvenes y los establecia; ponía sustitutos para el servicio militar á los hijos de los artesanos, y pagaba abogados que defendiesen los intereses y derechos de personas que le eran entorpecidamente estranas. De suerte, que mezclándose en los negocios ajenos, gastaba mucho. Mas si por casualidad iban á pedirle dinero prestado algunas personas, que no pertenecian á la clase de labradores pobres, se lo negaba, diciéndoles bruscamente: no lo tengo.

—Estais loco, le decian sus amigos, no sabéis hacer uso de vuestras riquezas. Construid una magnifica casa, adquirid nombradía, brillad. Las principales familias de la ciudad, y los señores mas conopetados os visitarán con frecuencia. ¡Quereis honores y títulos! . . . pues no tenéis mas que hablar. ¿De qué os sirve vuestro oro? Llegará el día en que moriréis, y no os podreis llevar ese precioso metal.

—Hablaos á las mil maravillas, les contestaba Marbel; predicáis admirablemente, pero no me convencéis. Además, no soy tan rico como pensáis: necesito economizar, y un maravedí, por insignificante que parezca, quizá puede hacerme falta.

—No es posible; tenéis por lo me-

nos treinta mil escudos de renta anual. —Seguramente; pero necesito dos mil escudos para el gasto de mi casa; el sobrante pertenece á los que no tienen con que vivir. Dios me ha hecho el administrador y el padre de todos los pobres convecinos míos.

Marbel perdió en el mismo año á su esposa y sus dos hijos, y volvió á quedarse solo. Todos procuraban disuadirle y consolarle. —Bien, bien, le decía, no estoy triste ni alma se encuentra mucho mas tranquila que otras veces; ahora pertenezco á otro mundo; mi esposa y mis hijos me acompañan á todas partes, los veo, los hablo, y vivo con ellos. Os suplica que me dejéis y no procuréis consolarme.

A pesar de todo esto, la pérdida de su muger é hijos hacia que le pareciese el mundo un poco desierto, y la vida enojosa. ¡Siempre solo! . . . Llegó á querer distraerse, y emprendió algunas viages. ¡Alivio pasajero! . . . Muchas veces se sentaba á su púlpito con los ojos llenos de lágrimas, y sus criados, que le amaban como á un padre, fijaban enternecidos sus miradas en él.

—Tenéis razon, hijos míos, compadecidme; pero no tratéis de consolarme; el dolor es una necesidad para mí. El tiempo dulcifica los pesares del alma; pero nada puede cicatrizar las heridas causadas por la destruccion de un antiguo afecto.

Cuando buscaba alguna distraccion, se dedicaba á obras de beneficencia. Muchas veces le encontraban en las alturas que rodean á W. . . . y en la choza del pobre mendigo.

Un día se paseaba por el jardin botánico, y un congreso numeroso circulaba por entre los frondosos árboles, como en los domingos del castio. Marbel se complacia en mirar á aquella multitud animada y alegre; amenazaba una tempestad, el viento soplabacon violencia, y los árboles agitaban sus ramas con un confuso murmullo. Los niños buscaban un asilo, los pue-

tos ambulantes desaparecian; callaba la música en los bosquetillos, y las parejas del baile se iban retirando precipitadamente.

(Continuará.)

ESTUDIOS DE VIAGES.

LA MEZQUITA.

(CONCLUYE.)

Desde 1830, el rigorismo musulman ha decaído mucho en Argel, y los berberiscos sufren sin quejarse; que el cristianismo visito sus templos, despues de haber reemplazado su calzado con babuchas orientales.

El musulman no está obligado á frecuentar la mezquita mas que una vez á la semana, el viernes, dia mas particularmente consagrado á las prácticas religiosas. Este dia se enarbolan pabellonas verdes sobre estos edificios. Sin embargo, los muezzis puestos sobre los minaretes, llaman muchas veces al dia al pueblo á rezar. «Dios es grande, exclama tres veces el muezzim, yo atestiguo que Mahoma es su profeta. Venid á rezar, el rezo es bueno para todos. Dios es grande, y Mahoma es su único profeta.» A esta señal, todo musulman debe ponerse de rodillas y hacer su rezo: hasta cuando es sorprendido en la calle. Al momento los imanes suben al púlpito, y el pueblo acude á las mezquitas. En la puerta de cada una de ellas hay un estanco que alimenta una fuente, y que sirve para las abluciones de las manos, de los pies y de los oidos. Antes de entrar los musulmanes, se quitan sus babuchas y se agrupan en el templo, colocándose en lineas paralelas, y dan-

do frente al púlpito. El iman lee los versos del Coran, que repite algunos concurrentes, y al llegar á determinados pasajes, todo el mundo se inclina y besa la tierra. La ceremonía dura cerca de media hora; los asistentes hablan entre si con toda libertad antes y despues del rezo. Por todas partes los imanes arengan á su auditorio; la política, lo mismo que la religion, es tambien objeto de sus sermones, y muchas veces se ha empleado este medio para sublevar á los argelinos contra los franceses.

En la secta de Omar los muezzims, llaman al pueblo á las mezquitas cinco veces al dia; al amanecer, á las doce, á las cuatro de la tarde, al ponerse el sol, y una hora despues. Los discipulos de Ali no se renenan mas que tres veces: á la salida del sol, á las cuatro de la tarde y á las nueve de la noche.

Judicaremos de paso que los moros son mas estrictos observadores de las prácticas religiosas que los árabes, y sin embargo, los árabes son los que han convertido á los moros al islamismo.

EL CAMPO SANTO.

Tú que vienes esta tarde Al campo-santo á llorar, Vas á ver la triste casa Que al morir heredarás.

Hediondez, inundo polvo, Cráneos partidos no mas, Que con rastrosos gusanos Aquí solo encontrarás.

Todo el que nace, perece, Escrito en el cielo está; y algun dia has de venir A esta horrible plazuela.

En medio de aquesta plaza Ven conmigo; allí verás Lo que encierran esos huesos Que ya contemplando estás.

Mira, ¡ves aquel sepulcro
Cuántas luces tiene ya?
Pues mira, son las riquezas
Que este tributo le dan.

A un rico que en este mundo
De ellas supo gozar,
Ahora una triste mortaja
Es lo que en cambio le dan.
Gira solo tus dos ojos
A tus plantas, y verás
Cuántos pobres aquí yacen
Que en eterno olvido están.

Mas si en el mundo vivieron
Exentos de vanidad,
Quizás ahora en el cielo
Cuántos bienes gozarán.

Mira aquella sepultura;
Vámonos á contemplar
Aquellos tristes despojos
Que dejó la vanidad.

Pues mira, son de una dama
De hermosura sin igual;
Linda cara, hermoso cuerpo,
Los ojos como un cristal.

Mira aquellos pies ligeros
Que ya acabaron de andar,
De comer y hablar la boca
Y sus manos de tocar.

Ya que has contemplado un poco
Lo que te he hecho repasar,
Sal de aquí, que en el camino
Te diré otras cosas mas.

Mira cuánta muchedumbre
De personas aquí van;
Pues mira, tú y yo con ellos
Vendremos así á parar.

Pues, ¡para qué son las galas
Si hemos así de quedar
Tan feos, que de horror nadie
Se nos llegará á mirar!

¡Para qué son los deleites
Y comidas, si allí saldrán
Gusanos que no apetecen
Mas que cuerpos por manjar!

Pues si en un eterno olvido
Para siempre has de quedar,
Mira lo que eres y has sido
Y en lo que habrás de parar.

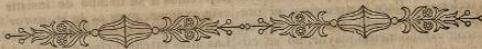
JUANA REJULA.

MOSAICO.

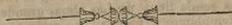
AJEDREZ.—Hay varias opiniones acerca del inventor de este juego, llamado en lengua persa *sach*, que significa rey, nombre de la primera y principal pieza. Unos creen que fú inventado en las Indias orientales á principios del siglo V por un musulmán llamado Sissa, que de allí pasó á la Persia, y despues vino á Europa. Otros suponen que Palanades, príncipe de la isla de Cuba, hoy Negroponzo, inventó el ajedrez durante el sitio de Troya: y por último, algunos atribuyen su invención á un filósofo caldeo que vivia muchos años antes de nuestra edad.

CHOCOLATE.—Cuando en 1520 los españoles hicieron la conquista de México, encontraron el uso del chocolate establecido en el país de tiempo inmemorial. Fueron tan celosos de este descubrimiento, que durante largos años le usaron, sin dársele á conocer á las demas naciones. El primer chocolate que se mandó á España, estaba hecho en Chiapas. Poco á poco se ha ido perfeccionando en España su elaboración, y hoy día el chocolate español se cree el mejor del mundo.

MODO DE HACER CON FACILIDAD UN AGUJERO EN EL HIERRO, AUNQUE SEA MUY ORDEÑO.—Para esto se hace enrojecer el hierro por la parte que se le quiera agujerear, hasta que presente un fuego muy vivo: en seguida se le toca en el punto que se desea hacer, el agujero con una barrita de azufre y se formará el agujero en el instante. Este agujero será mayor ó menor segun el grueso de la barra de azufre, y si se quisiera sacar su circulo grande, se pasea la barra por toda la circunferencia que ha de formar el agujero.



VARIEDADES.



LA RELIGION CONSIDERADA COMO BASE

DE LA CIVILIZACION.

ARTICULO II.

§ III.

(CONCLUYE.)

Todos los grandes talentos tienen sus presbítos. En ellos fija la vista la multitud; á ellos sigue con entusiasmo y aun con ceguera, pues, por mas que se diga, la mayor parte de los hombres, tanto en las escuelas como en los campos, se dejan arrastrar de la autoridad, que es la imitación del espíritu, aun los que mas declaman contra ella. Pocos hombres son los que se capacen de la mano reguladora de Dios, y vagando perdido el través de los caminos, cayese al fin en el abismo de ella. Pocos hombres son los que obran por convicción propia, y mas un tanto libre que se rebela contra Dios, principios ó doctrinas halagan mas sus propias propensiones. En esta parte, podemos decir, sin temor de engañarnos, que los incrédulos, protestando siempre contra la autoridad, se dejan arrastrar, mas por ella que los hombres de fe; porque el hombre para no creer no ha de examinar nada sino las tendencias de su depravada, arrastrada tras sí mas bien la interesa-

natraleza: bástale la palabra pronunciada ó escrita de otro hombre que le haya dicho: no creas y serás feliz. Mas el hombre de fe, sin renunciar á su razón, escucha, es verdad, la autoridad de otros hombres, que tambien han creído; mas como esta autoridad le consiga la privación del desahogo de sus apetitos, se ve obligado á entrar en el exámen, para no hacer inútil este sacrificio, que debiera parecerle duro, si razones muy poderosas y meditaciones no le obligaran á él.

La autoridad, pues, de un talento que constituyéndose maestro de los demas, los aparta del centro único y natural á donde deben todos fijar sus miradas y dirigir su pensamiento y su voluntad, y el solo que puede satisfacer uno y otra completamente, es en el órden moral lo que seria en el órden físico un astro de primera magnitud, que por un imposible pudiese escaparse de la mano reguladora de Dios, y vagando perdido el través de los caminos, cayese al fin en el abismo de ella. Pocos hombres son los que obran por convicción propia, y mas un tanto libre que se rebela contra Dios, principios ó doctrinas halagan mas sus propias propensiones. En esta parte, podemos decir, sin temor de engañarnos, que los incrédulos, protestando siempre contra la autoridad, se dejan arrastrar, mas por ella que los hombres de fe; porque el hombre para no creer no ha de examinar nada sino las tendencias de su depravada, arrastrada tras sí mas bien la interesa-

da adulacion que las espontáneas con-
 vicciones. Pero la atraccion, el pre-
 dominio del talento, tiene un círculo
 incomparablemente mayor; no se cir-
 cunscribe á los cortos instantes de la
 vida del hombre: su pensamiento pasa
 á las generaciones futuras, dejando
 tras sí una especie de inmortalidad. Y
 así cuando vemos una de esas antor-
 chas de la inteligencia humana como
 un cometa errante y siniestro despe-
 dir un pálido fulgor, conduciendo picos
 azorados por una senda llena de
 escollos; cuando contemplamos á uno
 de esos talentos superiores que se pla-
 ce en descarrilar la razon humana, der-
 ramando la semilla del error, que no
 produce sino el amargo fruto del cri-
 da: cuando recordamos la existencia
 de un hombre de genio que hizo con-
 sistir su triste gloria en impugnar los
 primeros dogmas de la religion y de la
 sociedad, que arrancó con mano cruel
 la esperanza de la virtud de los huma-
 nos corazones, que pretendió reedifi-
 car la sociedad sobre falsos cimientos,
 para que un día se desplomara, que á
 merced de la irrisión ó del sofisma,
 halagando la disolucion ó la maligni-
 dad, sorprendiendo los ánimos ines-
 pertos de una juventud incauta y ar-
 rebatada, vició con sus doctrinas disol-
 ventos los primeros arranques de la
 sensibilidad, y arrojó veneno aun so-
 bre las inclinaciones mas puras: en
 una palabra, cuando vemos ó nos acor-
 damos de un sofista, de un lapidón, de
 un corruptor de las costumbres, de un
 cándido de secta, de un alma eminente
 en sus facultades; pero que como
 el espíritu del mal arrastró consigo
 millares de victimas al abismo del
 error ó del crimen, ¡ah! entonces llo-
 ramos con lágrimas de sangre la suer-
 te de la desventurada humanidad, que
 á mas de las miserias que la agobian
 sobre la tierra, se ve expuesta á ser el
 juguete y la victima de los funestos
 abusos de la inteligencia. Algun día
 nos ocupamos ya en señalar las causas
 que podian conducir á este abuso tan
 fecundo en estragos y desastres: no

dejaremos á su tiempo de insistir en
 este exámen, pues es de la mayor im-
 portancia para la suerte de la socie-
 dad. Las almas inteligentes, como los árbo-
 les en cimas elevadas, están mas ex-
 puestas al viento del orgullo, que las
 que derriba al primer soplo. Dios suele
 castigar en ellas la hinchazon humana
 y el exceso del amor propio. La pro-
 funda humildad, que es el cimiento de
 las virtudes mas elevadas, no siempre
 se anida en el corazón de los sábios.
 Las almas grandes en amor ó en cari-
 dad, no están tan á riesgo de bambo-
 lear como las almas grandes en inte-
 ligencia. Y así como la mano del Se-
 ñor, en muestra de su poder sobre to-
 das las fuerzas humanas, descarga á
 veces golpes contra los poderosos, y
 derriba cabezas ilustres, bien permite
 á intervalos que estas sublimes inte-
 ligencias, cuando se engríen demasia-
 da, caigan de repente en el abismo del
 error, ó en la miserable apostasia.



D. ALBERTO LISTA.

(CONTINUA.)

Quando alaba á Melendez Valdes,
 bosqueja elegante y donoso el triste
 estado de la poesia española despues
 del siglo de oro de la literatura: cuando
 se dirige á su amigo D. Fernando
 de Ribas, sustenta que el nombre de
 los vates
 vivirá mientras goce el triste humano
 amor con lágrimas de sangre que llaman vida.
 Considera que la noble inspiracion
 del canto es el sagrado aliento con que
 el animó Dios al hombre cuando le en-
 juguetó y la victima de los funestos
 abusos de la inteligencia. Algun día
 nos ocupamos ya en señalar las causas
 que podian conducir á este abuso tan
 fecundo en estragos y desastres: no
 sentirás de su fuego enardecido,

si el estudio tenaz no dá alimento
 á su divina luz, que inútil llega
 grande antorcha al fanal amortecido
 que sin pábulo yace. Las sentencias
 que sublime dictó filosofía
 á Ciceron y á Sócrates: los cuadros
 en que de Roma el triunfo y el oprobio
 pintaron Livio y Tácito: las glorias
 de tu nacion que al Ganges y al ocaso
 aterró vencedora con sus armas;
 y en fin, cuando los hombres llaman grande,
 cuanto herir puede y elevar á un tiempo
 en alas del saber la fantasia,
 meditarás atento y cuidadoso.
 De aquel sublime son llena tu oído
 que en siglo mas feliz el Tajo y Betis
 de los iberos cisnes escucharon:
 mas cauto evita los perversos monstruos
 que el amor de la niebla sutileza
 y la hinchazon ridicula produjo.
 Habrás adelantado si los versos
 del tierno Garcilaso se deslizan
 á tu pecho halagüeños, cual las ondas
 de pura y mansa fuente entre las flores:
 si hechiza severa cuanto dulce
 la lira de Rioja; si de Herrera
 el desusado canto te arrebató. . .
 imitarás la suavidad sublime
 y candorosa de Leon; mas huye
 tal vez su toscó desaliño: teme
 como sierpe las gracias seductoras
 del atrevido Góngora; y de Lope
 no te deslumbre, no, la fácil musa
 que dá entre mil guijarros un diamante.
 Y si imitar quisieres los poetas
 que ilustran nuestra edad, atento estudia
 la correccion de Moratín, la frase
 y el tono de Batilo, y de Cienfuegos
 la entereza y vigor; mas no el estilo
 á las reglas del habla mal sujeto.

Nunca vimos revestida de magia
 mas seductura la austeridad del pre-
 ceptista; ni oimos dictar con tal hechizo
 máximas de buen gusto en el armo-
 noso idioma de Cervantes. He ahí
 contenido en breve espacio todo un
 sistema; unico norte de los que forma-
 ban la academia particular de Sevilla,
 producto legítimo del estudio de nues-
 tros mejores bardos de las edades an-
 tigua y moderna; doctrina fecunda en
 bienes y sabiamente inculcada por

Lista á sus numerosos alumnos; fuera
 de ese círculo no hay mas que un te-
 jido de metáforas indescifrables, un
 extravío mental pernicioso, una extra-
 vagancia continua, lo que pudéramos
 llamar, en fin, el *churriguerismo de
 la poesia.*

Magníficas son sus concepciones co-
 pinto poeta filósofo: ora califique de
inútil el temor de lo venidero; ora sos-
 tenga que *los sentimientos de la hu-
 manidad no son incompatibles con la
 profesion de la milicia*; ya pregone
*que la felicidad consiste en la moder-
 racion de los deseos*; ya se incline á
que deben abandonarse los cuidados.
 Su obra maestra en este género no
 parece *La vida humana*: allí describe
 una fuente de imperceptible murmullo
 mezclada despues con otras en la flo-
 reciente llanura: convertida en plácido
 arroyo, busca por los declives el ver-
 gel ameno, ó mas audaz se precipita á
 través del espeso remago por la cascada,
 y olvidando el susto, es ya alegría
 del campo: luego montará torrente,
 aumentado su caudal con las lluvias
 corre veloz por valles pedregosos, y
 acomete el robleidad de la ribera y el
 monte que ataja su paso: llega á la ca-
 tarata, se arroja su furor aprisionado en-
 tre espumas de nevada plata, hasta que
 se eleva del hondo páramo sobre el
 mangoso risco, y baja airado á la cam-
 piña, llevando por delante chozales y
 rediles: junta sus aguas á rio caudalo-
 so, domina el estendido llano, no le
 amedrenta el sediento estío ni el sol
 que le amenaza con su fulminante fue-
 go: recibe con desdeñoso orgullo los
 tributos que le rinden el arroyo de la
 selva y el torrente de la montaña; y
 entra pierde su nombre de la ribera, y entra
 gimiendo con sonoro ruido por el fa-
 moso idioma de Cervantes. He ahí
 contenido en breve espacio todo un
 sistema; unico norte de los que forma-
 ban la academia particular de Sevilla,
 producto legítimo del estudio de nues-
 tros mejores bardos de las edades an-
 tigua y moderna; doctrina fecunda en
 bienes y sabiamente inculcada por

al muro que antes besaba humilde, batió el torreón elevado, vuelca troncos ó huida praderas; ya lánguido y débil quiebra su curso en tortuosos giros; sangran sus márgenes limosos pedregales fuentes; y el caudal que combatía altos bastiones y opulentas ciudades, se trasforma en inerte y estendida masa; aunque indignado, ve cómo lo sujetan marmóreos puentes, cómo quebranta el espolon mecido sus ondas, oprimidas por mill bagelos cargados de crímenes y de riquezas, y siente la amargura del mar vecino, donde al fin descansa y se sepulta. Por esta graduación bien entendida y meditada, y bajo imágenes tan vivas, poéticas y propias del asunto, representa el nacimiento del hombre, su infancia, su juventud, sus vicios, su ancianidad, su muerte.

Era el amor para nuestros poetas de los siglos decimosesto y decimoséptimo un culto y no un deleite: es su imitador Lista, y por eso en sus poesías amoratorias, idilios y romances, canta el delirio racionado de la pasión, mas no la galantería de los franceses. Su lira modula con vibración tan expresiva y conceptuosa el dolor de la ausencia, el temor de la mudanza, el martirio de los celos, y la crueldad del desengaño, que el júbilo de la entrevista, el premio de la declaración amorosa, el encanto de la esperanza y la delicia de la ventura.

Escogidos sus muchos de los sonetos de Lista; ninguno de sus epigramas nos parece maligno, punzante, ni aun siquiera sentencioso: véase en apoyo de lo que manifestamos, el que titula *La tarde*: dice de este modo:

Ya el rayo declina, ya Fobos el último cetero con tumbre placida desde el ocaso hora. Ceño dejando slegre la apacible florista. Arbo del marco por la pendera sie. Al laurel ágil, al árbol sacro á Minerva. y á ti del márgen verde corona, tito. Las claris ondas, en hermosa copa retratan yucoso encanto de retratada al río. Mas cetero, el márgen, los troncos, verde prudere y para linda, que entre la grama hoye, todo lo vence. Ella que amante al esode mi arená, á mis rediles su manatilla guía.

Ni estos versos de construcción latina forman un epigrama; ni según la aceptación mas admitida de esta voz, son epigramáticas las bellísimas seguidillas, que dan fin al segundo tomo: ni puede brillar en ese género un hombre como Lista, todo amabilidad, toda ternura, sin átomo de hiel en su alma, dotado de un corazón que hieren las injurias sin dejar huella de encono, y en cuyo semblante se retrata la melancolía del que padecer y calla sus penas, y murmura frases consoladoras en vez de esterílos lamentos al oído de los muchos que codician su afectuoso y espansivo trato.

Debemos á su laboriosidad la traducción de la *Historia universal* del conde Segur, añadida y continuada hasta la época presente, un tratado elemental de matemáticas, el completo de la *Historia de España*, un compendio de la *Historia antigua*: se ocupa en terminar otro de la *Historia moderna*, sin que anulen su claro juicio y razon de espejada sus ya cumplidos setenta años. Es miembro de la Academia Española, y desde la muerte de Marmol figura al frente de la Academia de buenas letras de Sevilla;

(Continuará.)

SINO.

CAP. II.

LA HISTORIA PROMETIDA LA VÍSPERA.

(CONTINUA.)

Mr. Marbel, inmóvil en medio de aquel bullicio y del ruido de la tempestad, permanecía tranquilo: aquel golpe de vista le divertía. Bien pronto quedaron completamente desiertas las espaciosas calles de árboles, el viento formaba remolinos, y hacia subir hasta el cielo nubes de polvo. En

aquel momento la jóven princesa Emidose y midiendo con la vista la altura del árbol. —Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama. El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximán-

dose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximán-

dose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximán-

dose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximán-

dose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximán-

dose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximán-

dose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximán-

dose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximán-

dose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximán-

dose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximán-

dose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximán-

dose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia oido como Marbel aquella conversacion.

Yo iré por el velo, dijo aproximán-

dose y midiendo con la vista la altura del árbol.

—Vamos pronto arriba, gritaron á un tiempo los cinco personajes de aquel drama.

El niño no titubeó: se abalanzó á una rama, desapareció un momento, y por último, se le vió en la copa del abeto. En aquel instante redoblaba la furia la tempestad, y los árboles se balanceaban con un ruido espantoso, da para sujetar su adorno; pero el velo queda enganchado en la copa de un abeto, y oadca allí trasparente como una tela de araña.

—Mi velo, mi velo, gritaba; recógeme, quiero mi velo, es un regalo que me hizo mi madre el día de año nuevo, y para mí no tiene precio.

Los dos chambelanes bajaron respetuosamente la cabeza y se encogieron de hombros.

—Lo quiero, repetía la princesa, aunque tenga que quedarme aquí, y las lágrimas corrían por sus mejillas.

Los que la acompañaban, inquietos y disgustados, miraban al abeto. Uno suspiraba, otro se pasaba la mano por la frente: éste, desesperado, tomaba un polvo, y aquel se deshacía en reverencias y cumplimientos, como para demostrar la imposibilidad de satisfacer los deseos de la princesa.

—Continuamente me estais ofreciendo sacrificar vuestra vida por mí: no os exijo sino que subais á la copa de ese árbol. Pues bien, mirad cómo se mueve mi velo, lo cual facilita el ascenso. Señor mayor, dijo Emilia llorando, vos que sois el mas jóven, id á recogerme el velo.

El mayor dirigió una mirada dolorosa á su pantalon de casimir blanco, y luego al maldito abeto, que no tenía menos de veinte pies de altura. Hizo ademán de prepararse á emprender la peligrosa ascension, y tosió muchas veces con esfuerzo.

Un niño de unos doce años, mal vestido, habia

un vestido nuevo, y ahora voy á vivir como un gran señor.

—En dónde está tu padre?

—Hace ya dos años que no lo tengo. Mi padre era soldado, y murió en la guerra: mi madre tambien ha fallecido, y nadie hace caso de mí en la aldea.

—Dame tu dinero, hijo mio.

—Todo!

—Y el pobre niño triste y cabizbajo, desenvolvió pieza por pieza su tesoro, y dos gruesas lágrimas empataron sus negros ojos.

—Dame tus cinco krentzers.

—Esos me pertenecen.

—Ya no tendrás necesidad de dinero. Te llevaré á mi casa y serás mi hijo si eres prudente. ¿Quieres?

—Seguramente que sí.

—¿Tienes todavia mas dinero?

El niño no poseía mas que una moneda llena de moho y un pedazo de pan: Marbel lo recogió todo y le llevó consigo.

El jóven Conrado Eck fué vestido de paño burdo con la mayor sencillez. Como hasta entonces no habia habitado mas que en los establos, y pasado las noches á campo raso, se puso muy contento cuando recibió de Marbel un saco de paja por cama, y por alimento los manjares mas comunes. Estaba muy gozoso y satisfecho: era ágil, servicial, infatigable, en extremo apacible, daba muestras de grande inteligencia; pero ignoraba cuanto salía fuera del círculo de la experiencia y de los hábitos de un mendigo.

Al cabo de seis meses aquel osillo estuvo tan bien adiestrado, que ya se pudo presentar delante de las personas bien educadas, y confiarle algunos encargos. Únicamente le costó algun trabajo acostumbrarse á la limpieza y á hacer las cosas con orden.

Su buen corazón le hacia apreciable á todos los de la casa, y Mr. Marbel le llamaba su hijo. Conrado asistía á las escuelas públicas, y era bastante aplicado: en un principio le fastidiaba el estudio;

pero luego se aficionó á él. La alegría que sus adelantos causaban á su bienhechor, era su mas dulce recompensa, y su frialdad su mayor castigo.

Me abstendré de referir todos los pormenores de la educacion del pobre mendigo: lo que ya he contado, basta para dar una idea del carácter de Mr. Marbel. Un año despues de haber entrado en su casa, Conrado se sentó con él á la mesa. Hubiera podido comer á sus anchas cuantos manjares se servían en ella; pero Conrado no era gloton. Mr. Marbel se complacia sobremedura al ver que prefería el cocido y las patatas á todo lo demás. Aunque no le hubiera prohibido acostarse en un lecho mas blando, no le pesaba á Mr. Marbel el verle decidido á ya porque lo conservase para el tiempo en que no tuviese á su lado á Mr. Marbel.

—Procura tener pocas necesidades y gastar poco: acumula para tus semejantes, le repetía sin cesar su bienhechor.

Cuando Conrado cumplió diez y seis años, Marbel, para celebrar el nacimiento del huérfano, le dió cuatrocientos escudos.

—Ahora, hijo mio, le dijo, vamos á separar nuestros intereses. Ya tienes algun dinero, es preciso que sirva para mantenerte, vestirte, pagar á tus maestros, y proporcionarle lo que te haga falta. Permanecerás aquí, pero dentro de los meses me pagarás cuatro escudos por la habitación, la cama y los muebles; ¡je acomoda este convenio!

Conrado quedó al pronto un poco sorprendido; pero gozoso al verse con tanto dinero, aceptó. Todos los meses disminuía su gasto: Marbel no le perdía de vista, le aconsejaba y le escuchaba. Conrado vivía, segun Marbel habia pensado, tan mezquinamente como un avaro; pero era tan prodigo

como un príncipe cuando se trataba de ser útil. Al fin del año le quedaban ciento veinte escudos, los cuales empleó ventajosamente. Por segunda vez recibió otros cuatrocientos escudos.

(Continuará.)

PIO IX

Con gozosa satisfacción damos lugar en nuestras breves columnas al siguiente comunicado que se ha servido dirigirnos el digno párroco de Jerez, honor del clero mexicano y fiel intérprete de la fe y sincera piedad de todos los fieles. Nosotros que en días mas serenos celebramos la clemencia de Pio IX cuando habló el lenguaje de la reconciliación y del olvido; nosotros que poco despues admiramos las grandes y magnificas reformas, que revelaban la elevacion de sus miras; nosotros que le hemos visto lanzado á tierras estrañas por la mano brutal de los ingratos, nosotros no podemos menos de saber con placer que cuando se arrebataban la gran tempestad que arrebataba poderosa hasta arrancar el trono de los papas á despecho de los siglos que le rodean, el virtuoso cura de Jerez mezclaba también sus lágrimas con las del gran Pontífice, que descollara cual figura colosal en la historia de los papas, que el noble cura de Jerez, en union del clero de su parroquia, ofrecia á Su Santidad los bienes que forman toda su fortuna, y sobre todo, unos corazones puros y piadosos. La tierra contestaba: *Dilecti Filii salutem, et apostolicam benedictionem. Quamvis adeo de su bondad y de su solícito esmero cam loorum intervalla vos dividunt, per la ventura de los fieles, y nosotros magna locorum intervalla vos dividunt, no dudamos que será leída con gusto Dilecti Filii; Nobis tamen tribulatione por nuestros suscritores. Dice así el nem passis preesto esse voluistis litteris XII Kalendas Julii superioris anni*

Jerez, Octubre 15 de 1850.—Sr.

D. C. de las Cagigas.—México.—Muy

Sr. mio.—En Junio del año próximo

pasado, viendo que nuestro Sím. Padre

el Sr. Pio IX, se encontraba en

muy difíciles y angustiadas circun-

stancias para la Iglesia Católica, Apos-

tólica Romana, expatriado y casi per-

seguido, no podia ménos una alma per-

ligiosa y reverente á la Cátedra de S.

Pedro, que manifestar de algun modo,

no ya su adhesión á la cabeza visible

de la Iglesia, sino su interés cordial

por la respetable persona que lo re-

presenta, adornada de virtudes emi-

nentes y privilegiadísimos talentos.

Por tal motivo cumpli un deber, diri-

giéndome á Su Santidad en union del

clero de mi parroquia, manifestándole

sus padecimientos y persecuciones

que nos hacian sentir de tal manera, que

los ofrecimos sinceramente nuestros

bien pobres intereses y nuestras pro-

pias vidas.

En 14 del corriente hemos recibido

del mayor placer para nuestras al-

mas sensibles, su venerada contesta-

cion, y por la que, luego se vienen á

la vista las grandes virtudes del gefe

supremo de la Santa Iglesia, y el amor

paternal que profesa á mi muy amada

patria, pues en medio de tantos cuida-

dos y pesadumbres, y cuando mas le

desarrebataban la atencion negocios de mu-

chísima entidad, se dignó firmar de su

augusto puño la referida y bien esti-

mable contestacion que dá á los insig-

nificatísimos y humildes ofrecimien-

tos del párroco y eclesiásticos de Je-

rez, quienes apenas pudieran llamar la

atención del recinto que nos contiene.

Su tenor literal es el que sigue:

—Dilecti Filii Parocho alique Pres-

byteris civitatis Jerez Diosos Gua-

dalaxarensis in República Mexicana,

ros y piadosos. La tierra contesta—

—Pius PP. IX.

—Dilecti Filii salutem, et apostolicam

benedictionem. Quamvis adeo

de su bondad y de su solícito esmero

cam loorum intervalla vos dividunt,

per la ventura de los fieles, y nosotros

magna locorum intervalla vos dividunt,

no dudamos que será leída con gusto

Dilecti Filii; Nobis tamen tribulatione

por nuestros suscritores. Dice así el

mem passis preesto esse voluistis

litteris XII Kalendas Julii superioris anni